
MANUEL GAHETE: VOCACIÓN DE POETA

ANTONIO A. GÓMEZ YEBRA

Poeta vocacional es aquel que siente, como una necesidad biológica, la de escribir poesía; quien se pone ante el folio en blanco todos los días porque sí, porque el ímpetu creador es más fuerte que cualquier otra pulsión.

En el caso de Manuel Gahete, su vocación lo llevó desde muy joven a la escritura, y su bien hacer literario ha sido contrastado con el premio de teatro corto "Barahona de Soto" (1983) por *Cristal de mariposas*, al que han seguido importantes galardones poéticos: el "Searus", en 1984, por *Ir y volver de ti hacia mí siempre*; el "Ricardo Molina" (1985) por *Nacimiento al amor*; el premio "El Paisaje", de sonetos, (1987), por *Sortilegio de polvo y gaviotas*; el "Miguel Hernández" (1988) por *Capítulo de fuego*; el "Barro" (1989) por *Alba de lava*; y el "Villa de Martorell" por *Íntimo cuerpo sin luz* (1990), libro con el que quedó finalista en el prestigioso premio Adonais, en cuya colección vio la luz editorial.

Tales premios han supuesto otros tantos libros, a los que deben sumarse títulos fundamentales en su ya considerable trayectoria poética, como *Los días de la lluvia*, *Glosa contemporánea a Góngora*; o cuadernos como *Ángel pagano*, *Regreso a Mellaria*, *Tegeah*, *Don de Lenguas y Andenes*.

De la lectura de todos ellos se deduce que Gahete es un poeta hecho y derecho desde sus primeros versos, como si toda la herencia de la gran poesía andaluza fluyera por sus venas, como si lo hiciera sin esfuerzo, como si le surgiera, casi sin querer, por cuestiones genéticas, de lo más hondo, como una fuente que mana y corre.

Asombra que el joven poeta de *Nacimiento al amor*, de *Los días de lluvia*, o de *Sortilegio de polvo y de gaviotas* –por citar sus libros iniciales– hubiera alcanzado ya entonces tal densidad, tanta profundidad, tan acendrado lirismo, semejante calidad formal, ese copioso acervo lingüístico.

De él cabría preguntarse, como Juan Ramón hizo al retratar a Jorge Guillén, aunque eliminando aquí el tono ácido, si no sería la suya excesiva perfección para tanta juventud, si no será la suya demasiada excelencia para el momento que atraviesa la poesía española.

Pero en seguida respondemos que no: nunca demasiada calidad fue un exceso, sino una gran virtud; aunque, como en el caso de su paisano Góngora, con el cual los críticos encontramos numerosos vínculos, se tarde trescientos años en reconocerlo y aceptarlo.

Así pues, Gahete aparece como una figura singular de las letras españolas, un huído hacia delante porque ha sabido leer atrás, ¡y con qué aprovechamiento!, sin tener necesidad de apoyar su mano en ningún arado ajeno.

Manuel Gahete ha creado una manera específica de hacer poesía y lo ha conseguido con los mejores mimbres de la lírica tradicionalmente culta –esto no es una aberración– y de la más rabiosamente actual. Es un poeta de su tiempo, y como cantor de finales del siglo XX se plantea los interrogantes jamás respondidos por Dios ni por el hombre, para detenerse en lo que, para él, merece la pena cantar: el amor; un amor, en palabras de Mario López, “sufrido y expresado con tal original belleza, a través de un afortunado, culto y nuevo lenguaje, que lo distingue y consagra entre los más recientes y destacados poetas de su generación”.

Destacan, en efecto, con luz propia, en su obra, los poemas a la mujer amada, los que abordan el amor de pareja, aquellos en que se refleja la pasión erótica, otros donde delata el amor a los hijos, tantos en que se retrata como amante o amador.

A veces, a través de una urgente e insistente llamada para el encuentro amoroso, una llamada imperiosa para calmar unas ansias febriles casi adolescentes:

*Ven a mi piel de alambres, de trémulas aulagas.
Ven ya. Zanja tus dudas. Ven ya. Como te encuentres:
carne en la arena, rota; mujer de ajadas jarcias.*

*Pero ¡ven! Sin demora. No des pábulo a treguas.
Tu cuerpo con mi cuerpo en una llamada
desnudos serán yesca.*

En otras ocasiones, deteniéndose amablemente a recordar y disfrutar el paraíso compartido –o recreado– con la amada:

*Porque tú y yo sabemos de rosas y crepúsculos,
del lugar donde gimen los pájaros ahora,
amamos los otoños con sus dedos de espora,
el allozo en hiemales azahares minúsculos.*

En todos ellos, y uso una cita del propio poeta, donde se retrata comentando a otros, “hierva una vida interior desahorada, una visión onírica que tiembla bajo la realidad de los tejados donde el halcón del aire levantaba candelas”.

La voz poética de Manuel Gahete se alza sobre la de sus contemporáneos, por encima de sus compañeros de posible generación, con un verbo exquisito, cálido, meridional, con un generoso acopio de términos-diamante sutilmente engarzados

en las joyas de sus versos, como aurífice que es de una escuela señera de poesía universal y muy andaluza: la escuela culterana.

Gahete es un poeta culto, y no tiene ningún empacho de manifestarse así. Escribe, como cualquier poeta, para sí, pero también para que otros se sientan identificados al leer sus versos. Si no todos son capaces de decodificar su obra, ello no es óbice para que él se sienta muy a gusto en su particular manera de expresión.

Es el suyo, según Felipe Muriel Durán, un “lenguaje rico, ampuloso, con un evidente regusto clásico”, de ahí que no resulte fácil para cualquier lector. Claro que los libros de poesía no son, con curiosas excepciones, libros que alcancen la categoría de *best-sellers*, ni, creo, deban llegar a serlo. La obra poética de Manuel Gahete está sazonada con abundantes términos que la alejan del lenguaje común, del lenguaje prosaico: arcaísmos, cultismos, neologismos, que la dotan de una especial musicalidad.

Y en ese sentido, su obra está relacionada con la de otro poeta cordobés afinado en Málaga: Pedro Cascales, que también afirma y afina su verso con felices incorporaciones terminológicas de noble abolengo.

Esas palabras cultas no son tan frecuentes en Gahete, pero florecen en cada poema para proporcionarle una armoniosidad de tono que equilibra y emparenta a todos y cada uno de sus libros.

Un cuarteto de “Epílogo de amor” puede servir como muestra:

*Sobre tu piel renazco. Mi debelada fuerza
ergógena, insistente se vuelve a reclamarte.
Tañes en mis oídos la cántiga más triste.
Mi cuerpo es a tu imagen, átomo de tu cuerpo.*

Tres términos, “debelada”, “ergógena” y cántiga”, pueden resumir la actitud de nuestro poeta ante la lengua: el primero es un término poco común, con el sentido de “rendida” (un cultismo); “ergógena” es vocablo que no recoge el diccionario (neologismo, pues), cuyo sentido habría que preguntar al autor para poder calibrarlo con exactitud, aunque podríamos considerarlo en el campo de significado de “consecuente”; y “cántiga” es un arcaísmo, al utilizar el acento proparoxítono, como se hacía en tiempos de Alfonso X el Sabio.

Gahete se presenta como un sabio, que lo es por vocación de estudio, por frecuentador de obras ajenas, por analizador de su propia poesía. Su formación acaba por hacerle parecer lo que es, a imagen de lo que siempre ha querido, de lo que siempre ha pretendido: su naturaleza de poeta-sabio no es un añadido a su naturaleza de hombre, no es una “naturaleza bastarda” –y lo cito a comentando la obra de Mario López- de la que no pueda desprenderse.

Su naturaleza de poeta es su segunda piel, pero tan suya y tan viva como la de sus células epidérmicas sin las cuales su cuerpo estaría en carne viva. Las células de su poesía no son nada superficiales, no descubrimos en él ni el menor asomo de tono coloquial, de lenguaje prosaico, de algo dicho o manido. Todo en su obra es lengua viva, recién hecha o recién inventada, siempre equilibrada entre el fondo y la forma, toca su obra manifiesta una gran coherencia consigo mismo y con su

manera de entender o interpretar el mundo. Sus imágenes son siempre novedosas, y no se amedrenta a la hora de reflexionar sobre sí mismo, aunque pase por valles de tiniebla. Nada debilita su conexión con el entorno y su expresión.

Muestra de su gran categoría como poeta es el continuado uso del soneto, molde en el que su voz suena diáfana, jugosa, renovada, libre de polvo y paja, y libre, asimismo, para expresarse –y no es paradoja- sin trabas. Sólo los grandes poetas son capaces de manifestarse de forma natural a través del corsé de catorce endecasílabos –o alejandrinos- sin menoscabo de su calidad.

No me he detenido a contabilizar el número de sonetos que aparecen en su obra, que son muchos, desde luego, pero todos ellos resultan sobrios, perfectamente medidos, correctamente rimados y ritmados; clásicos y contemporáneos, los de un maestro del género.

Y en nada desmerecen sus composiciones en versos libres, donde utiliza, porque las conoce profundamente –es catedrático de Lengua y Literatura- todo tipo de figuras, tanto las no hace tanto tiempo denominadas de dicción como las de pensamiento. Y entre aquéllas yo destacaría el uso de la anáfora y la aliteración, donde se muestra realmente inspirado, como se advierte en este fragmento de “Hoy”, procedente de su libro *Nacimiento al amor*:

*Hoy ya,
a plena luz,
como un idiota,
como un loco de atar,
como un morlaco,
hoy grito mi dolor mustio en la sombra
y niego la razón para olvidarla.*

*Hoy
vibro
y abro
bravo
torvo
y tibio
pues todo lo que tengo ya no es nada
que iguale el corazón
que hay en tu vientre.*

Y no menos digno de mención es el uso de la metáfora, donde se manifiesta tan innovador como brillante, a veces multiplicando sensaciones casi en enumeración nada caótica que, desde luego, obtiene el clímax deseado:

*Ven, pájaro cristal, luz, estameña,
sol sangre donde el rayo yergue un río.*

*Ven. Crece como amor o mar umbrío,
Como caimán caliente, aliaga o leña.*

En definitiva, la poesía de Manuel Gahete sorprende por su frescura, por su exactitud, por su perfección técnica. Y, sobre todo, sorprende por su ajuste entre la dicción y lo dicho, por su uso indistinto de las formas clásicas –el soneto- y las no sometidas a esquemas. Es la suya una poesía que, sin concesiones al gran público –para el que no está escrita- se ocupa de los grandes temas de la Historia: Dios, amor, muerte, y lo hace a través de un lenguaje encarnado, esto es, un lenguaje por medio del cual el poeta se involucra activamente, con su razón, con sus manos, con todo su cuerpo, al hecho poético.

Gahete está arrancándose continuamente el corazón ya semillado –cito palabras de Tegeah- para clamar “en las plazas por si el viento retumba, por si el hombre se olvida de nacerse otra vez”. Se siente poeta, y ha hecho de ese noble sentimiento el fin último de su vida.